

## sin buda no podría ser cristiano (y 5)

diciembre 9, 2016 Comentarios desactivados

### LA MODIFICACIÓN

EL CAPÍTULO QUE KNITTER DEDICA A COMPARAR LAS FIGURAS DE BUDA Y JESÚS de Nazareth constituye algo así como el centro de gravedad de su discurso. En él se concentran los esfuerzos por actualizar el *kerygma* cristiano según las categorías del budismo. Su punto de partida es, una vez más, nuestra dificultad para tomarnos al pie de la letra el credo cristiano. A grandes trazos, dicho credo sostiene que la naturaleza de Jesús es tan divina como humana, pero que su persona es únicamente divina. Y precisamente porque, siendo hombre, es al mismo tiempo Dios, su sacrificio nos rescata del pecado. Pues solo Dios puede reconciliar al hombre con Dios. Pues bien, Knitter sostiene, con razón, que no cree en ello porque no puede creerlo. Y aquí, ciertamente, Knitter pone el dedo en la llaga: el lenguaje del credo cristiano pertenece a un mundo que ya no es el nuestro —un mundo en donde la división entre el cielo, la tierra y el inframundo se daba por descontada, un mundo en donde los dioses tenían cabida. De ahí que tomarse en serio dicho lenguaje suponga tomarlo como símbolo, esto es, como un modo de decir... lo que debería poder ser dicho de otro modo. Así, la pregunta acerca de quién es Jesús para nosotros exige otro marco categorial, marco que nos proporcionaría, según Knitter, el budismo. En este sentido, gracias al budismo el cristiano de hoy en día dispone de un lenguaje que le permite proclamar el credo sin renunciar a la razón. Es verdad que Knitter es consciente del peligro de reducir el *kerygma* cristiano a una variante del budismo y, en concreto, del budismo mahayana. De ahí su interés en concretar, en los párrafos finales del capítulo, qué puede aportar el cristianismo a la tradición budista. Pero a pesar de su esfuerzo —a pesar de que el budismo nos permite adaptar el símbolo cristiano a nuestra

RESULTADOS DE LA BÚSQUEDA

Actualmente estás viendo los resultados de búsqueda para **sin buda**.



mentalidad moderna—, uno puede perfectamente preguntarse si Knitter no habrá tirado al niño con el agua sucia, esto es, si con su adaptación, Knitter no habrá utilizado el budismo como un lecho de Procasto, en el que el cristianismo encajaría solo a condición de amputarle las extremidades que quedan por fuera. Veamos, pues, hasta qué punto esto es así. La clave de bóveda del edificio cristiano que Knitter pretende reconstruir sería la consideración de Buda como maestro —de Buda como revelador de la verdad. Como es sabido, Buda fue el que alcanzó, literalmente, el *despertar*, un estado de conciencia que nosotros también podemos alcanzar, si de algún modo, seguimos sus pasos. Y el despertar supone un caer en la cuenta de que, al fin y al cabo, la individualidad es un espejismo y que, en definitiva, todos terminaremos integrándonos en el *espíritu de interconexión*. Vivir conforme a la verdad supondría, en este sentido, un dejarse llevar por dicho espíritu. Por otro lado, y desde la tradición del budismo mahayana, un budismo accesible al común de los mortales, la compasión va con la iluminación, y aquí Knitter encuentra, con razón, el nexo con la tradición cristiana. El *bodhisattva* es aquel que, por decirlo así, pospone su despertar con el fin de salvar a los demás. Buda, en este sentido, salva porque es un maestro de la compasión, mejor dicho, porque encarna la compasión que predica. Y es aquí Knitter donde da el paso decisivo: proclamar que Jesús es divino sería algo parecido, por no decir lo mismo, que proclamar que Jesús es *el despierto*. La divinidad de Jesús no podría entenderse, pues, como la de un Dios que descendió sobre el hombre que fue Jesús, al menos en tanto que dicho lenguaje fácilmente nos conduce al monofisismo que muchos cristianos tienen aún en la cabeza, esto es, a creer que Jesús fue un dios paseándose por la tierra. Desde esta óptica, Jesús encarnaría la Sabiduría de Dios de un modo parecido a como Buda encarna, simplemente, la Sabiduría. Jesús, por consiguiente, no es que fuera divino, sino que se hizo divino. Análogamente al caso de Buda, el despertar de Jesús de Nazareth fue un logro del hombre. Y este hacerse divino consiste, en última instancia, en experimentar nuestra inmediatez con Dios, en dejar que fluya la energía —la potencia divina— del amor. En tanto que seres finitos capaces de lo infinito somos los llamados a realizar nuestra naturaleza divina. Esto, ciertamente, se halla muy cerca de la convicción gnóstica de que somos algo

así como una chispa divina cubierta con la crosta de la materia, la cual nos ata a la impiedad de una vida entregada a la satisfacción del propio deseo. Y ya sabemos el difícil encaje que tiene el gnosticismo en la tradición cristiana. Pero, en cualquier caso, la revelación, en tanto que supone la aceptación de un fundamental no-ser, comportaría una liberación de la cárcel del egoísmo, un olvido de sí que nos convertiría, casi de inmediato, en seres abiertos al sufrimiento de los demás. Y llegados a este punto, Knitter, siendo consciente de que la resurrección es la piedra angular de la fe cristiana, considera que la fidelidad a los textos neotestamentarios que nos hablan de la exaltación del crucificado, exige hoy en día desvincularlos de las historias de *zombies* buenos. El cuerpo del resucitado, siguiendo a Pablo, sería un *soma pneumatikon*, un cuerpo espiritual, y esto, según Knitter, sería lo mismo que hablar de una resurrección en el espíritu. Desde esta óptica, el carácter corporal de la resurrección *a la* cristiana se entendería según la doctrina de los tres cuerpos de Buda: el espíritu del resucitado, del mismo modo que el espíritu de Buda, se encarnaría —se haría cuerpo— en quienes viven según dicho espíritu. Del mismo modo que Jesús sigue vivo en quienes viven en Cristo, el espíritu de Buda sigue presente en aquellos que han llegado a ser un *bodhisattva*. Sin duda, estamos ante una propuesta atractiva —de hecho, tan atractiva como convincente actualmente. Knitter pone encima de la mesa el lenguaje que hace viable que muchos cristianos pueden decirse a sí mismos que aún pueden ser cristianos. Su cristología, por decirlo así, sería una cristología pneumática, una cristología que aquellos cristianos que no saben qué hacer con una cristología del *logos* encarnado a la griega pueden fácilmente admitir. Y este es, sin duda, uno de los méritos de Knitter. Pues es cierto que el cristianismo dice mucho de lo que sostiene Knitter. Sin embargo, me atrevería a añadir un par de notas al margen que, cuando menos, ponen entre paréntesis el carácter cristiano de esta actualización *a la* Knitter. Es verdad, según escribe el mismo Knitter, que “lo Divino, por lo menos tal y como se nos da a conocer en Jesús, nos llama precisamente en y a través del sufrimiento de los demás.” Es verdad que “aquí lo Divino se vuelve real para nosotros.” Ahora bien, uno puede preguntarse si, bíblicamente hablando, este hacerse capaces de responder al sufrimiento de los demás pasa por un previo despertar a la budista. Sobre el papel, no lo

parece. Pues, desde una óptica neotestamentaria, los capaces de responder a la demanda de quien sufre no son los *espirituales* —en la jerga cristiana, los sacerdotes del Templo, los fariseos, aquellos que creían estar en sintonía con Dios—, sino las putas, los publicanos —esos afectos al régimen—, los *lumpen*, es decir, los incapaces de Dios de tan hundidos que están en su miseria humana. Ciertamente, podríamos objetar que, en tanto que se trata de alcanzar un desprendimiento de sí, caben dos vías: por un lado, la vía meditativa a la Buda; por otro, la de un desprendimiento a la fuerza. Esto es, o bien nos desprendemos de nosotros mismos ascéticamente, o bien somos despojados violentamente de nosotros mismos por la impiedad del mundo. En ambos casos, podemos entender que, al estar de vuelta, como quien dice, nos hacemos sensibles al sufrimiento ajeno. Y aquí podríamos estar de acuerdo. Sin embargo, el lenguaje que nos permite dar cuenta de la respuesta de las putas, los publicanos, los *lumpen* al sufrimiento del prójimo no es el que nos permite comprender esa respuesta como algo al alcance del hombre. La cuestión es si el hecho de que existan estas dos vías nos permite prescindir del Dios cristiano —del Dios que es un Tú y no tan solo un *ello*. Y a mí me parece que no. Pues, lo que decimos cristianamente es que si el hombre se hace capaz de Dios —de responder a su demanda— es porque Dios va en busca del hombre. Pues, los sin Dios se encuentran sujetos al poder de la muerte. Esto es, en tanto que muertos son incapaces de cualquier elevación. Es cierto que el modo habitual de entender que Dios vaya en busca del hombre va ligado a una imagen de Dios que desciende a la manera de un *fantasma bueno*, cosa la cual resulta, hoy en día, difícil de tragar, tal y como sostiene Knitter con razón. Sin embargo, desde una óptica cristiana, aun cuando es verdad que el cristianismo tradicionalmente ha jugado con esa imagen, la identificación de Dios con Jesús hace difícil que en realidad podamos seguir jugando con ella. Un Dios que va en busca del hombre solo puede encontrarse con el hombre cayendo como dios. Un Dios que va en busca del hombre no puede aparecer como dios, sino como hombre capaz de Dios. Pero, como ya hemos dicho en otras ocasiones, el capaz de Dios es, bíblicamente hablando, el sin Dios —el que clama por Dios. Y el que clama por Dios es aquel que experimenta a Dios, por decirlo así, como ese Tú aún pendiente. En el presente, no hay otra

presencia de Dios que la del crucificado en nombre de Dios. Así, cristianamente no decimos que Jesús se hiciera divino, sino que el *logos* de Dios se hizo hombre, esto es, que Dios es Jesús —que Dios se entrega como Jesús— y no tanto que Jesús es Dios. O, mejor dicho, que si Jesús es Dios es porque Dios es Jesús. Tiene razón Knitter cuando afirma que el peligro de este modo de entender la Encarnación es el de caer en manos del monofisismo —de hacer de Jesús un dios paseándose por la tierra, como decíamos antes—. Pero no es causal que el cristianismo, ya desde sus inicios, rechazara esta interpretación como un modo válido de entender la Encarnación. Y es que la identificación de Dios con Jesús supone una mutación de la noción típicamente religiosa de la divinidad. En este sentido, para un cristiano no cabe un estar ante Dios que no sea un estar ante el crucificado. No cabe, pues, una relación directa con Dios que hiciera de Jesús un ejemplo, entre otros, de vida transformada por Dios. Confesar que Jesús es el Señor significa que el creyente se encuentra por entero sujeto a la demanda que nace de un estar al pie de la cruz. O, por decirlo con otras palabras, que no hay otro Dios que el crucificado. Y esto es, ciertamente, muy distinto a creer que Dios es algo así como un poder de interconexión que se sostiene a sí mismo. Como trasunto cristiano de dicho poder, el Espíritu es el espíritu de aquel que cuelga de un madero como un perro. En este sentido, el Espíritu sería un *resto*, aquello que queda de Dios donde no queda ya nada de Dios. Más aún: quien se encuentra sujeto a Jesús como Señor de su entera existencia, se encuentra *sub iudice*, y esto es algo que Knitter rechaza frontalmente. Desde el punto de vista del budismo, el hombre no se halla sujeto al juicio de Dios. En cambio, para una sensibilidad cristiana, la compasión no se entiende como aquella reacción que nace de una sensibilidad transformada, sino como respuesta a una interpelación, la que nace precisamente de la mirada de aquellos que no cuentan para el mundo. Cristianamente, el sí o el no de la existencia se decide frente a esa mirada, al menos en tanto que Dios, a través de Jesús, se identifica con ella. Un cristiano es aquel que cree que su vida se encuentra en manos del pobre —aquel que cree que el pobre es su Señor porque Jesús es el Señor, algo en lo que difícilmente podemos creer mientras sigamos confiando en nuestra posibilidad, incluso si esta se entiende como la posibilidad de una transformación

espiritual. En este sentido, lo que decimos cristianamente es que un Dios encarnado es un Dios que se pone en manos del hombre como abandonado de Dios y que, por eso mismo, que haya Dios —que Dios sea el Señor del mundo — dependerá de la respuesta del hombre a la demanda que nace de aquellos dejados de la mano de Dios con los que Dios se identifica. Esto es, puede que al final no haya Dios. Pero si no lo hay, será por culpa del hombre, como quien dice. Dios —o, por decirlo a la Knitter, el poder de interconexión— no es, por consiguiente, algo que se encuentra por ahí a la espera del hombre. En último término, me atrevería a decir, que la diferencia entre una actualización a la Knitter y el credo cristiano pasa por el lugar que ocupa en ambos la esperanza. Como es sabido, según Pablo somos salvados en la esperanza. Esto es, que sin esperanza no hay salvación aquí y ahora. Knitter podría estar de acuerdo, siempre y cuando, entendamos esta esperanza como la expectativa de que, al final, el hombre siga la senda de la iluminación. Pero la esperanza cristiana no consiste en una confianza en las posibilidades espirituales del hombre. Pues, la esperanza cristiana es la esperanza en la *increíble* resurrección de los muertos por parte de Dios. Mejor dicho, la esperanza mesiánica de que, en el fin de los tiempos, se les devuelva la vida a quienes murieron injustamente antes de tiempo, a quienes tienen la vida que Dios les dió —o si se prefiere la vida que les fue dada como milagro desde la nada de Dios— aún por vivir. Y la vida que Dios les dió no es una vida de espectros, sino una vida en carne y hueso. Ciertamente, se trata de una esperanza en la que no podemos sensatamente creer. Pero, como ya hemos dicho, el sujeto creyente no es aquel que todavía confía en sí mismo, en su posibilidad, sino aquel que se encuentra en manos de un Dios que, en sí mismo, está por ver. Incluso con respecto a la verdad de Dios nos hallamos en manos de Dios. En este sentido, diría que lo que hay detrás de la esperanza cristiana es una antropología que no puede comprenderse a la budista. Pues si somos quienes no somos nada sin el cuerpo, entonces la redención no puede consistir en una vida espectral en vete a saber qué mundo. Ni tampoco en acabar disolviéndonos en el océano de la divinidad como muñequitos de sal. Dios nos llama por nuestro nombre. Y si nos llama por nuestro nombre es que no somos muñequitos de sal. Diría que la propuesta de Knitter resulta demasiado convincente hoy en día como para que

sea verdad, mejor dicho, para que la podamos comprender como la verdad de Dios. Pues si Dios es el que llama a la existencia a lo que no es (Rm 4, 17) —si Dios es lo que hace posible lo imposible: que las estériles conciban, que resuciten los muertos—, teniendo en cuenta de que no estamos hablando de un *deus ex machina*, sino de un Dios que se hace uno con el que muere como un abandonado de Dios, entonces la fe en Dios es, humanamente, una fe que no podemos alcanzar donde aún confiamos, como hemos dicho, en el supuesto poder que habita en lo más profundo de cada uno.

## sin buda no podría ser cristiano (4)

*noviembre 24, 2016 Comentarios desactivados*

QUE NO SE TRATA TANTO DE COMPRENDER COMO DE HACER EL BIEN ES ALGO EN lo que podemos estar fácilmente de acuerdo. Las palabras sobran cuando es cuestión de cavar pozos de agua o de distribuir comida en los campos de refugiados. La verdad, según el budismo, sería como aquella balsa que hay que dejar atrás una vez se ha alcanzado la orilla de la *iluminación*, la cual, literalmente, nos deja sin palabras. Algo parecido encontramos en Ex 24, 7, cuando Israel después de recibir la Ley de manos de Moisés dice aquello de *primero obedeceremos y luego comprenderemos*. Esto es, en el presente existimos como aquellos no entienden gran cosa. En realidad, somos quienes, aun cuando vivamos de espaldas a ello, nos encontramos sujetos a la *voluntad de Dios* —al imperativo de responder al hambre de quienes siguen en la cuneta por nuestra indiferencia. Incluso con respecto a la verdad de Dios estamos en manos de Dios, si es que hay Dios. Sin embargo, la pregunta por la verdad no me parece tan secundaria. Pues la cuestión mesiánica —qué vida pueden esperar quienes murieron injustamente antes de tiempo— se impone como una cuestión que exige ser resuelta. Si Buda tiene razón y, en última instancia, no hay un porqué, entonces hay que darle la última palabra a Macbeth, y la historia es *un cuento narrado por un idiota lleno de ruido y furia*.

Esto es, si Buda tiene razón, entonces *sálvese quien pueda*. Pero creo que no es lo mismo decir que, al fin y al cabo, todos terminaremos disolviéndonos en la nada como un muñequito de sal en el océano, que decir que las víctimas, una vez finalicen los tiempos, podrán vivir la vida que aún tienen pendiente. Ciertamente, se trata de algo difícil de tragar. Pero nadie dijo que lo que tiene que ver con Dios fuera, en verdad, creíble. De hecho es lo contrario. De ahí que la pregunta es quién puede creer en lo que el mundo no puede admitir como su posibilidad. Y la respuesta, me parece, es que no el *joven rico* —no quienes simplemente nos preguntamos qué técnica —qué práctica— podrá conducir nuestra existencia a la *perfección espiritual*.

## sin buda no podría ser cristiano (3)

---

*noviembre 14, 2016 Comentarios desactivados*

UN EJEMPLO DE LA DIFICULTAD DE KNITTER CON LA IMAGEN TRADICIONAL DE Dios, una dificultad común por otra parte, es el que experimenta con el típico modo de considerar esto de la voluntad de Dios. Así, desde el punto de vista del catolicismo habitual, Dios sería algo así como un *interventor* que desde lo alto dirige la vida de los hombres, a menudo de manera insondable. Ciertamente, esto hoy en día resulta difícil de *tragar*. Y, en parte, la crisis de la cristiandad tiene que ver con la crisis del imaginario sobre el que se sostuvo desde el principio. Sin embargo, bíblicamente, a pesar del inevitable recurso a las imágenes de la época, la voluntad de Dios no se entiende tal y como se hace habitualmente. Desde la óptica monoteísta, Dios carece de entidad, por decirlo así. La crítica profética a la idolatría podría comprenderse, en este sentido, como una crítica a la sensibilidad religiosa que hace de Dios un dios. Dios es, en verdad, el Tú que se encuentra *fuera de campo* —aquel que está esencialmente por venir. De ahí que bíblicamente la realidad de Dios se decline siempre en futuro —que el más allá de Dios deba comprenderse no tanto en términos espaciales como temporales. Por eso, en el presente, no contamos



con ninguna presencia de Dios, sino con aquello que queda de Dios, una vez no queda ya nada de Dios. Fácilmente, podríamos decir que ese resto es, de hecho, el Espíritu. Pero, desde la óptica de Israel, el Espíritu de Dios es la Torá. Pues lo que queda de Dios —ese resto— es, bíblicamente hablando, la Ley, el mandato de Dios, su voluntad —y no tanto un etéreo *espíritu de interconexión* como sostiene Knitter. Pues, toda voluntad es, al fin y al cabo, imperativa. Y lo que Dios manda —lo que Dios quiere— es que los hombres no se maten entre sí, sino que cuiden unos de otros como los hermanos que, en definitiva, son. Moisés no regresa del Sinaí con el rostro del iluminado, aunque su rostro brille en la oscuridad, sino con las tablas de la Ley. Ciertamente, podemos imaginar esta voluntad como si un *padre spectral* nos ordenara desde el más allá que nos abrazáramos como iguales. Pero, en realidad, el otro solo se nos revela como igual donde sufrimos la desaparición de Dios. Es cuando papá nos ha abandonado que nos convertimos en rehenes de nuestros hermanos —cuando nos vemos obligados a responder a su demanda. Pues aquí no se trata tanto de dejarse llevar por el *espíritu de interconexión* como de convertirnos en aquellos que se encuentran sujetos al Señor. Y el Señor —aquel que gobierna por entero nuestra existencia— es, desde una sensibilidad creyente, la víctima con la que Dios se identifica —la huella de Dios. Es así que el mandato de Dios se expresa siempre con la voz de los que claman por Dios. Quien escucha la voz imperativa de Dios no escucha la voz spectral de Dios, salvo que sufra de esquizofrenia, sino el llanto de los oprimidos por un mundo sin piedad. Bíblicamente, la presencia de Dios no es, por tanto, de Dios, sino de aquellos que ocupan su lugar: por un lado, los huérfanos de Dios; por otro, los que se encuentran sujetos a su voluntad. Knitter, como teólogo, debería saber de estos asuntos. Por qué no parece que este sea el caso es, ciertamente, una buena pregunta.

## sin buda no podría ser cristiano (2)

---

noviembre 13, 2016 Comentarios desactivados

**E**L PROBLEMA AL QUE SE ENFRENTA PAUL F. KNITTER ES EL DE MUCHOS HOY en día: el de lidiar con el carácter personal del Dios cristiano. Ciertamente, nuestro mundo no parece admitir la posibilidad de un *fantasma bueno* que ampare de algún modo nuestra existencia. Pues, como hemos dicho en otras ocasiones, aún el caso de que existiera, difícilmente podríamos admitirlo como Dios. Un ente superior no es más, aunque tampoco menos, que un ente superior. De ahí que, en su lugar, Knitter, inspirado por la tradición budista, prefiera hablar de Espíritu. Así, Dios sería algo así como el poder de conexión —el *inter-Ser* por emplear la definición de Knitter—. Dios no debería comprenderse, pues, ni como sustantivo, ni tampoco como adjetivo, sino como verbo (p 54). En este sentido, Dios como espíritu de conexión no puede ser lo enteramente otro de la tradición bíblica. Dios es lo que sucede entre los hombres y en el interior de los hombres: en su Espíritu habitamos. Dios como el poder en el que nos hallamos *continúa la tarea divina de la interrelación en y con y a través de la creación* (p 57). Fácilmente, podríamos creer que estamos ante una nueva versión del viejo panteísmo. Sin embargo, Knitter insiste en que Dios y el mundo no son dos, pero tampoco uno. El recurso a la metáfora del matrimonio parece aquí pertinente: quienes forman una pareja unida son lo que son a través del otro. Ninguno de ellos puede existir sin el otro. No cabe, por tanto, un *descenso* de Dios. Pues dicho descenso presupone que Dios es totalmente otro... cosa que, en verdad, no es. Dios o, mejor dicho, su Espíritu ya está con o en nosotros desde el principio. Más aún, Dios depende de nosotros como nosotros dependemos de Dios. En este sentido, el "otro poder", dentro del budismo, se transforma en el poder que anida en los más profundo de uno mismo, de tal modo que deja de tener sentido hablar de un yo que, por decirlo así, se baste a sí mismo. El yo, según una metáfora habitual, debería entenderse más bien como la ola dentro del océano. Un yo que repose sobre su identidad es una *ilusión*. Desde este punto de vista, el yo y el Dios-enteramente-otro del cristianismo tradicional serían los dos polos, ciertamente *cosificados*, de una y la misma realidad, la realidad del Espíritu. En verdad, tan solo hay *interconexión*. Sin duda, el lenguaje nos fuerza a la dualidad, a distinguir entre el yo y el otro. Pero la realidad es no dual: no-ser,

no-otro. La realidad fluye como un continuo ir y venir. De hecho, no hay *mónadas*. En verdad, de lo que se trata es de *soltar y confiar* (p 80). O como decían *the Beatles*, *Let it be*. Ahora bien, y aquí Knitter sigue casi al pie de la letra la enseñanza principal del budismo, el Espíritu es, en tanto que poder de conexión, el poder del vacío, de la vacuidad de cuanto existe. El Espíritu no es algo que pueda ser delimitado —y en este sentido decimos que no es. Con otras palabras, el Espíritu es, aun cuando no exista. La realidad del Espíritu no es, por tanto, la del ente, la cual siempre se da, aunque solo en apariencia, como la de una cosa frente a otras. Sin duda, nos hallamos cerca de la experiencia mística de lo divino, si es que no caemos con los dos pies dentro de ella. De ahí que el camino espiritual, según Knitter, consista precisamente en vaciarse de uno mismo, en dejar de resistirnos al poder de conexión que constituye cuanto es, al fin y al cabo, en disolverse en el océano del Espíritu. Nos equivocamos, por tanto, cuando insistimos en el carácter absoluto —y, por tanto, separado— de Dios. Lo absoluto, en cualquier caso, es el todo —el todo espiritual. De hecho, el budismo es, en último término, una iluminación, un *caer en la cuenta*. Como el mismo Knitter dice, *mientras los cristianos quieren ser salvados, los budistas quieren ser iluminados* (p 74). Con otras palabras, de lo que se trata es de alcanzar aquel conocimiento que nos libere de la prisión del deseo, el cual es, por defecto, deseo de posesión y, por consiguiente, la causa última del sufrimiento. Los hombres, a la hora de resolver el problema del sufrimiento, solo podemos aspirar a la iluminación, pues, estrictamente, no hay un *super-otro* que pueda redimirnos. Hasta aquí Knitter. La cuestión es si lo anterior puede comprenderse como un modo de *actualizar* honestamente la experiencia cristiana de Dios (que es lo que pretende Knitter). Y que pueda comprenderse así o no pasa, me atrevería a decir, por el quicio de la alteridad. Ciertamente, la dificultad a la que se enfrenta Knitter —la resistencia a creer en un Dios que nos imaginamos a la manera de un *super ángel de la guarda*— es una dificultad que no puede ser obviada, al menos en cuanto nosotros, hombres y mujeres modernos, ya no podemos, salvo *mala fe*, creer en ese Dios. Pero de nuestra dificultad, la cual, por cierto, posee hondas raíces cristianas, no se desprende que en verdad no haya alteridad. Más bien, al contrario. Pues, cuando cristianamente, mejor

dicho, bíblicamente hablamos de la radical alteridad de Dios —de su extrema trascendencia— en los términos de un Tú, no es tanto porque quepa imaginarse a Dios como ahora un *fantasma bueno*, aunque en el día a día no podamos evitar caer en la *falsificación* del imaginario, sino porque, del lado del hombre, la relación con Dios no se determina desde un saber acerca de Dios, ni siquiera hipotético. Del lado del hombre, Dios es aquel al que se dirige la invocación, el clamor de quienes sufren lo indecible. Ahora bien, se trata de un Tú que, literalmente, está por ver —un Tú que bíblicamente se da como promesa de sí mismo, como el *por-venir* mismo de Dios. Un Dios que en el presente no aparece como Dios, sino como Dios en falta. En lugar de Dios, tenemos a quienes claman por Dios. Jesús en Getsemaní. Cristianamente, lo que podemos decir de Dios se decide en el lapso que va de Getsemaní hasta el perdón de quien fue crucificado en nombre de Dios. Y lo que decimos es que estar ante Dios es estar ante ese crucificado y, por extensión, ante los crucificados de este mundo con el que el Dios mismo se identifica. Para un cristiano, el crucificado es el Señor. Traducción: un cristiano es aquel que se encuentra sometido por entero a la demanda que nace del perdón de nuestras víctimas —un cristiano es alguien que se ha convertido en rehén del pobre. Ciertamente, el Tú al que se dirige el clamor de los que no cuentan para el mundo no existe. Pero es real en el sentido de que solo es real la alteridad que encontramos en falta como aquello siempre pendiente del mundo. Es posible que no haya dualidad. Pero esta no-dualidad debería comprenderse dialécticamente y no en los términos de la metáfora de la ola y el mar. La alteridad de lo real se da en la medida en que no se da, no se hace presente — en la medida en que se niega a sí misma como alteridad. Es lo que Kant formula en los términos de la cosa-en-sí, la cual, como sabemos, es inaccesible a la experiencia. En este sentido, la idea de la cosa-en-sí sería la idea de una exterioridad radical. O es también, aunque en otro registro, lo que decía Hegel cuando defendía que lo real debería pensarse no como objeto sino como sujeto, pues la lógica de lo real es análoga a la que constituye una subjetividad: el yo solo puede afirmarse a sí mismo en tanto que niega el cuerpo con el que se identifica —en la medida en que se aparta continuamente de él. Un yo siempre se encuentra más allá de sí mismo, aun cuando este más

allá no pueda nunca ser cosificado o carezca de entidad, precisamente, porque el yo siempre difiere de sí mismo. Y es que las imágenes que nos hacemos de cuanto nos rodea son en cualquier caso eso: imágenes de lo real. O, por decirlo con otras palabras, si hay mundo —si hay una experiencia del mundo— es porque lo real como absoluto da siempre un paso atrás. La eternidad de Dios debe comprenderse, por consiguiente, como el eterno más allá de Dios con respecto al mundo, a cualquier mundo, incluso del sobrenatural. Aquí podríamos coincidir, sin duda, con el budismo. La diferencia reside en el hecho de que, para quienes sufren la injusticia del mundo, no basta con constatar la *desaparición* de Dios —o que lo real es una impersonal cosa-en-sí o un indeterminado espíritu de conexión. Para las víctimas, la referencia a un Tú no es una opción entre otras. En la medida en que no son mucho más que su clamor —en la medida en que son su invocación—, el Tú de Dios se revela como el horizonte mismo de la existencia. Ciertamente, Knitter puede estar en lo cierto. Puede ser que en verdad no haya finalmente un Dios. Esto es, puede que el mundo no tenga un final en el que se resuelva el problema del Mal. Puede que la cuestión mesiánica acerca de qué vida pueden esperar aquellos que murieron injustamente antes de tiempo sea una cuestión impertinente. Pero entonces el mundo es esencialmente injusto —y la historia *un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y furia*. Puede ser que no haya, pues, redención. Ahora bien, si el mundo es esencialmente injusto, entonces no me atrevería a decir que de lo que se trata es de iluminarse. Esto puede valer para quienes aspiramos a la felicidad, pero no para las víctimas. Y si no vale para ellas, entonces no es cierto que toda vida sea sagrada. En este sentido, me atrevería a decir que la solución budista está más cerca del nihilismo que de la salvación.

## sin buda no podría ser cristiano (1)

---

noviembre 3, 2016 Comentarios desactivados

**P**AUL F KNITERR, EN SU LIBRO “SIN BUDA NO PODRÍA SER CRISTIANO”, QUE acaba de publicar Fragmenta, se pregunta si aún es *capaz* de ser cristiano. Esto es, si todavía puede creer en un Dios Padre que tutela nuestras vidas desde lo *alto* y al que podemos invocar; y en Jesús, su único Hijo, que murió *por nuestros pecados* y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que regresará al final de los tiempos como brazo ejecutor del juicio final. De hecho, esta es la cuestión —si aún podemos creer en ello— y no tanto si hay o no hay Dios. Pues, como hemos dicho en otras ocasiones, la cuestión es si, en el caso de que existiera un creador, aún podríamos reconocerlo como Dios —si aún podemos comprendernos como aquellos que se encuentran sometidos a Él como sus criaturas. A lo sumo, para nosotros, hombres y mujeres modernos, Dios sería un progenitor, pero difícilmente un Padre. Sin embargo, esta pregunta se la hicieron los profetas bíblicos antes que nadie. Para ellos, solo el pobre, aquel que no cuenta para el mundo, es capaz de Dios. El resto, quienes todavía confiamos en nuestras posibilidades, tan solo somos capaces de ciertas imágenes de Dios, aquellas que, precisamente, satisfacen nuestra necesidad de Dios. Nosotros solo podemos espontáneamente creer en *ídolos*. De ahí que el Dios de los pobres no sea un Dios al uso, sino un Dios que no aparece como Dios, un Dios que está por ver, un Dios, en definitiva, que se da como promesa de Dios. Y es que el pobre no es mucho más que un clamor de Dios en medio de la oscuridad. Y lo que vemos en medio de la oscuridad no es a Dios, sino a aquellos que ocupan el lugar de un Dios ausente: los huérfanos, las viudas, los inmigrantes... De ahí que quien ha visto a Dios no cuente nada de Dios, sino que, en vez de ello, regrese con las *tablas de la Ley*. Lo que se desprende de un Dios que *brilla por su ausencia*, es la voluntad de Dios: *¿dónde está tu hermano?* Dios es, desde la óptica del sufrimiento, el que se encuentra a faltar, el Dios que, desde nuestra situación, coincide con su silencio. En el presente Dios es la nada de Dios. Desde el punto de vista bíblico, la cuestión de Dios no es, por tanto, la cuestión de qué hacemos con Dios —qué culto o sacrificio, qué ascesis le son pertinentes—, sino qué hacemos con aquellos que se muestran palpablemente como la huella de un Dios en falta, los dejados de la mano de Dios. O, por decirlo, con otras palabras, la cuestión no es qué

divinidad, por decirlo así, colocamos en lugar del Dios bíblico, que es lo que supongo pretende hacer Paul F Knitter (de momento solo he leído el prefacio), sino qué pueden decirnos aún sobre Dios quienes sufren sobre sus espaldas el peso de su extrema trascendencia. Pues nos equivocamos si creemos que cualquiera puede experimentar a Dios. En cualquier caso, uno puede *suponer* lo que le parezca con respecto a las *últimas cosas*. Pero creer, en el sentido fuerte de la expresión, está en manos de muy pocos. No es casual que, cristianamente, nuestra fe no sea tanto nuestra como de quien fue crucificado en nombre de Dios. Creer, desde esta óptica, es creer en quienes creyeron en nuestro lugar, los que aún seguimos siendo incapaces de creer por nosotros mismos.

## la sombra de Buda es alargada

---

*octubre 23, 2010 § Deja un comentario*

**P**UEDE QUE LA *CUESTIÓN ÚLTIMA* NO SEA QUÉ DEBEMOS HACER PARA DEJAR DE ser unos *capullos*... —esto es, qué pasos hay que dar para transfigurarnos en *crisálidas*—, sino si es posible salir de infierno, ese lugar del cual uno solo puede salir *con los pies por delante*. Puede que, al fin y al cabo, no se trate de cómo hemos de elevarnos —o incluso, evitar la caída—, sino de si es posible *levantarse*, una vez hemos caído hasta el fondo. En definitiva, puede que la *cuestión última* sea si hay o no vida *más allá de la muerte*, de esa muerte que se nos da tan cruelmente en vida. La preocupación por la vida elevada es, en cualquier caso, una cuestión penúltima, de hecho, *nuestra* cuestión, a saber, la de quienes pertenecen a *la ciudad*, esos que no sufren el peso de una impotencia determinante. De hecho, *la ciudad* es, por defecto, el lugar en donde se plantea, precisamente, la posibilidad de una vida que trascienda los límites de la vida animal. Un cristiano, sin embargo, es aquel que no puede ya creer en las posibilidades del *ciudadano*, en las imágenes de una existencia sin mácula. Y no porque la elevación sea, al fin y al cabo, una

*piel de cordero* —el efecto, al fin y al cabo, provisional de *labuena educación*—; no sólo porque el hombre no pueda alcanzar la *justificación* desde sí mismo, sino porque cualquier elevación —cualquier *conquista espiritual*— es, en medio del infierno, *impertinente*, por no decir blasfema. Aquellos que creyeron sobrevivir a Auschwitz, Dachau, Treblinka... porque consiguieron participar de la fuerza de Dios —porque lograron *conectarse* debidamente— toman el nombre de Dios en vano. Como si la desgracia fuera debida a la ignorancia, la incompetencia, el *error*. Y es que, en definitiva, la cuestión bíblica no es *con quién debe identificarse el hombre*, pues el hombre, desde sí mismo, solo puede identificarse con el poder —sea el que detenta el tirano, el hombre de éxito o la *divinidad*—, sino *con quién se identifica Dios..* y ya es sabido que Dios se identifica con *los dejados de la mano de Dios*, esos impotentes. O lo que es lo mismo: bíblicamente, Dios es, al fin y al cabo, su impotencia como Dios... aunque por eso —y sólo por eso— el hombre se encuentra bajo *el mandato de Dios*. Y es que tan sólo quien se encuentra *falta de Dios* deviene *rehén* de su hermano.

## de los títulos nobiliarios

---

*enero 4, 2017 Comentarios desactivados*

UN REY ES LO QUE REPRESENTA. UN REY, EN CUANTO TAL, HACE PRESENTE LA realeza. Pero un rey, en cuanto hombre, difiere de lo que representa. Un rey se dice a sí mismo, a menos que sea un *idiotés*, que nunca acaba de ser lo que parece —que en ningún caso coincide con su *real* modo de ser. Hay un *chorismos*, un hiato, por decirlo a la platónica, entre el hombre concreto y lo que ese mismo hombre hace presente de una forma u otra. Quien es capaz de decir *yo* siempre *niega* el papel con el que se identifica (y, por eso, somos *personas*, pues *persona*, como es sabido, significa máscara). Hay diferencia en la identidad. O, mejor dicho, porque hay diferencia puede haber identificación, cuando menos porque la identificación supone poder decir “yo soy eso”. Ahora



bien, sin esta identificación, y esto conviene subrayarlo, el yo no es nada para sí mismo. La dogmática cristológica parece decir algo semejante: si Jesús fue Dios y hombre, entonces como Dios representaría la divinidad —Dios mismo se haría presente en Jesús—; pero como hombre no acabaría de ser el Dios con el que se identifica. Dios, en este sentido, permanecería más allá de aquel que lo representa (y de ahí que los que sostienen que el cristianismo es un modo, entre otros, de mostrar la realidad de lo divino digan que Jesús fue un símbolo de Dios... entre otros). Sin embargo, el cristianismo no es un platonismo, a pesar de que, a la hora de implantarse en la cultura griega, hizo uso de las categorías platónicas (y de estas lluvias los lodos que atraviesan la dogmática cristológica). Pues Dios no es aquí un paradigma que podemos, en mayor o menor medida, ejemplificar. Cristianamente, no confesamos que Jesús es Dios porque ejemplifique a *la perfección* lo que entendemos previamente por Dios. Jesús, en cualquier caso, *intimó* con Dios —esto es, se sintió cercano a Dios—, pero no fue un ejemplo, entre otros, de Dios. El dogma de la Encarnación, tiene por sujeto a Dios, no a Jesús. Lo que decimos cristianamente es que Dios se identificó con el que murió como un abandonado de Dios (y por consiguiente la *intimidad* previa a la cruz que creyó experimentar Jesús deja de ser, por sí sola, el criterio desde el cual podemos cualificar a Jesús, y a cualquier otro *santón*, como divino). Lo que decimos cristianamente es que Dios es Jesús (y solo por eso podemos darle la vuelta a la frase y proclamar que Jesús es Dios). Y esto resulta muy extraño, por no decir ininteligible, para quien sepa qué significa originariamente la palabra *Dios*. De hecho el cristianismo, con el dogma de la Encarnación, coloca *goma 2* en la línea de flotación del barco religioso. Pues, si es Dios quien se identifica con el crucificado, entonces Dios *en sí mismo* no es nada fuera de dicha identificación. Dios, en este sentido, sería el eterno diferir de aquel hombre con el que se identifica. Y, por eso mismo, Jesús es el modo de ser de Dios, modo de ser que, sin embargo, no existe por encima del hombre que fue Jesús como si dicho modo de ser fuera algo así como una *idea* platónica, un paradigma que pueda ser encarnado o ejemplificado. Pensar cristianamente a Dios significa, por tanto, pensarlo como sujeto —como yo—, con independencia de que psicológicamente los creyentes tiendan a dirigirse a Dios como si fuera un

*fantasma bueno* (cosa que no es). Si el cristianismo se asienta sobre la revelación —si la confesión cristiana no es como proclamar que el *verdadero* autor de Hamlet no fue Shakespeare, sino Marlowe— es porque lo revelado es precisamente que no hay otro Dios —otro Señor— que el que cuelga de una cruz. O, por decirlo de otro modo, el Dios cristiano es un Dios que se pone en manos del hombre, precisamente, para poder realizarse como Dios.

Cristianamente hablando, arrodillarse ante Dios es arrodillarse ante el pobre que se arrodilla ante nosotros pidiéndonos el pan de cada día. De ahí que la pregunta no es si hay o no hay Dios, sino si Dios podrá ser o no Dios. Pues, un Dios que se pone en manos del hombre es un Dios que depende de la respuesta del hombre para ser, de hecho, Dios. Cristianamente, no hay Dios sin *basilea*, sin Reino de Dios. De ahí que entre el cristianismo y el ateísmo haya un paso. Pues, sin *basilea* —y haberla, no parece que de momento la haya—, no hay Dios. Y esto es, en el fondo, muy judío, cuando menos porque Dios para Israel se da como promesa de Dios, como el *por-venir* mismo de Dios, y más, si tenemos en cuenta, que para el mesianismo judío dicha promesa solo se realizará, no como irrupción de un *deus ex machina*, sino solo a través de la figura del Mesías. Dios como Mesías de Dios. Por tanto, nos equivocamos si comprendemos el dogma de la Encarnación según las coordenadas griegas u *orientales*. Pues donde Dios se concibe al modo de un océano, como suele decirse hoy en día, no cabe la Encarnación, sino a lo sumo la ejemplificación o la participación. De ahí que quienes, hoy en día, sostienen que Jesús fue un representante de la divinidad... como también lo fue Buda, pongamos por caso, partan de una lectura errónea de lo que confiesa el credo cristiano. Una cosa es decir que hay muchos hombres, fuera de la órbita de la cristiandad, que poseen el espíritu de Dios (y esto nadie lo niega). Y otra creer que Dios es Jesús (y que, precisamente por esto mismo, el Espíritu sopla donde quiere).

## desierto

COMO SABEN LOS MÍSTICOS, DIOS ES UN DIOS DEL DESIERTO. BASTA CON pasarse unos cuantos días solo para caer en la cuenta de que no somos el centro del mundo. La experiencia de que existimos cubiertos por un inmenso silencio quizá sea una experiencia terminal. Podríamos decir que el silencio de Dios —un silencio que roza la nada de Dios, si no coincide con ella— es un punto de convergencia entre las múltiples sensibilidades religiosas. Sin embargo, las diferencias entre estas surgen, no tanto cuando tenemos presente las diferentes vías de acceso a ese silencio último, sino cuando vemos como se sitúan ante él sus creyentes o, mejor dicho, que hacen a partir de él. En este sentido, no es casual que el desierto y sus tentaciones se sitúen en el evangelio de Mateo al comienzo y no al final. El Jesús del desierto, a diferencia del Buda bajo la higuera, no acaba lleno de verdad, sino arrojado a la tarea de la redención de los hombres. De hecho, el final del nazareno, como sabemos, y dejando a un lado el episodio de la resurrección, el cual, tomado al pie de la letra, tiene mucho de *ex machina*, fue un mal final. No debería extrañarnos, pues, que, actualmente, quienes busquen elevar su existencia por encima de la inercia de los días, prefieran la sombra del Bodhi que la aridez del Gólgota.

## true detective

---

noviembre 22, 2016 Comentarios desactivados

VIVIMOS A LOMOS DE UNA GRAN MENTIRA. NUESTRO MUNDO ES UN BAILE DE máscaras. O, como Albert Balasch suele decir, *això del viure és un frau*. Por poco que podamos, aunque hay ciertamente muchos que no pueden, nos colocamos un yelmo encima con el objeto de cubrir nuestro rostro. En verdad, estamos podridos por dentro. Nuestro propósito es que el espejo nos devuelva una buena imagen de nosotros mismos. Pero por poco que hurguemos

encontraremos resentimiento e indiferencia. Buda creyó que la raíz de nuestro sufrimiento reside en las falsas promesas del deseo. Y hay mucha verdad en ello. Sin embargo, es posible que la raíz sea mucho más profunda. Pues, cabe sospechar que somos quienes nos hacemos daño unos a otros —que en el fondo nuestra existencia no busque otra cosa que eliminar al *enemigo*, aquel sobre el que proyectamos la mierda que hay en cada uno de nosotros y no podemos admitir como propia. En este sentido puede que el cristianismo haya dado en el clavo. Ciertamente, siempre habrá *buenrollistas* que digan que no hay para tanto. Que en el hombre hay muchas cosas buenas. Pero uno puede preguntarse si esa bondad, para que se haga presente como tal y no solo como un rasgo del carácter, no exigirá que del hombre no queden mucho más que unos cuantos despojos.

## nacimiento virginal

---

*noviembre 13, 2016 Comentarios desactivados*

**E**N LAS RELIGIONES DEL ENTORNO DEL ANTIGUO ISRAEL, NO SE ENCUENTRAN paralelismos de una concepción virginal. En la Biblia misma hay ejemplos de mujeres estériles que conciben un hijo —un signo de lo que es imposible para el hombre es posible para Dios—, pero no de vírgenes. Sí, en cambio, en el ámbito grecorromano. Como es sabido, Perseo nace de la virgen Dánae por la gracia de Zeus, transformado en lluvia de oro. Además, era un tópico de la religiosidad mediterránea que los dioses pudieran concebir hijos de los hombres. Por tanto, la idea de que pudieran haber hombres que hubieran nacido de madre mortal pero de padre divino era una idea ciertamente disponible. Es así que, por medio de este patrón, Jesús de Nazareth fue divinizado o reconocido como Dios, mejor dicho, como Hijo de Dios. Sin embargo, lo original del cristianismo es que aplicó dicho patrón a un hombre que, si tenemos en cuenta de que murió como un maldito de Dios, en modo

alguno podía pasar, según ese mismo patrón, por Hijo de Dios. Podríamos decir que el cristianismo recurre al mito para decir lo que el mito no puede admitir: que el verdadero Hijo de Dios no es el héroe —el hombre que participa del poder de Dios—, sino aquel que muere como un perro en nombre de Dios. Es como si hoy en día dijéramos que la verdadera hija de la belleza no es Adriana Lima, pongamos por caso, sino la mujer barbuda de las antiguas ferias. Una broma, vamos.

## karma y evangelio

---

*junio 24, 2016 Comentarios desactivados*

**O**BIEN CADA UNO TIENE QUE PURGAR SU *KARMA* (Y, POR CONSIGUIENTE, EN último término no soy *guardián de mi hermano*, ni siquiera donde la purificación del karma llevara a la compasión), o bien mi satisfecha autonomía constituye una afrenta para quien lleva días sin comer y, así, me convierto en lo que soy: rehén del huérfano, la viuda, el inmigrante... Lo primero parece más razonable. Lo segundo es, a todas luces, intolerable. Si lo primero fuese verdad, lo segundo sería un tremendo error. Pero si la segunda alternativa fuese verdadera, entonces el silencio de Buda sería, sencillamente, un acto de impiedad.

## spirit

---

*diciembre 22, 2012 § Deja un comentario*

**M**UCHOS CRISTIANOS SIGUEN CONSIDERANDO ESTO DEL ESPÍRITU COMO SI TAN solo consistiera en un anhelo de plenitud. Pero, si esto fuera así, entonces no

hubiera hecho falta ninguna Cruz. Hubiese bastado con Platón. O con Buda. Si el Espíritu cristiano es siempre el de un Crucificado (Jn 7,39), entonces el anhelo cristiano no es propiamente el de *otro mundo*, sino el de aquél que, increíblemente, cree que este mundo ya ha sido transfigurado en otro mundo por quien *regresó* de la muerte con la vida de Dios. O, por decirlo con otras palabras, quien se encuentra en el Espíritu de Dios no es aquél que aspira *por defecto* a un mundo lleno de *paz y amor*, sino aquel que no vive otra vida que la que le ha sido dada por la muerte del Crucificado. Aquí, como siempre, la cuestión es quién *puede* creer en ello. Y, ciertamente, no somos quienes aún confiamos que podemos alcanzar por nuestras propias fuerzas alguna plenitud, aunque sea con la excusa de la bondad que, suponemos, habita en lo más profundo de nosotros.

## rezos

---

*octubre 2, 2012 § Deja un comentario*

Hay mucha verdad en la posición de quien cierra los ojos para conectarse con *lo alto*. Pues hay más verdad en quien busca trascenderse que en quien no ve más allá de su ombligo. Y no hay otra forma de abandonar la situación del *idiota*, en el sentido literal del término, que la propia de quien pretende formar parte de *lo invisible*. Hay sin duda algo más de lo que podamos ingerir, aunque ese algo más no sea nada esencialmente enigmático, sino la fuerza que sostiene todo cuanto es, el orden que nos permite reconocer el Bien en *los dones y frutos del espíritu*. Sin embargo, uno puede honestamente preguntarse, si los rezos del video son bíblicos. Si bíblicamente, de lo que se trata es de *participar* de lo invisible. Uno puede sospechar que una cosa es la plegaria de Job y otra la de Buda. Pues la experiencia de *las últimas cosas* en cada caso parece cuanto menos distinta. Así, desde la situación de Job, el cosmos, *cielo* incluido, no es nada último. Para Job, Dios no coincide con el orden del mundo. Más bien, ese orden se revela como problemático. Para un creyente como Job, la Creación aún se encuentra pendiente de una *última palabra*. Pues la Creación permanece inconclusa donde la luz y la oscuridad parecen deberse por igual a la extrema trascendencia de Dios. Por eso Job no

puede situarse ante Dios de otro modo que no sea de rodillas. Me cuesta imaginar a Job en la posición del loto y repitiendo una y otra vez la sílaba *om*. Con todo, lo cierto es que nadie puede ponerse de rodillas, si no es forzado por la revelación de Dios. Lo natural —lo que los hombres pueden hacer desde sí mismos— es, por supuesto, cerrar los ojos, respirar hondo y esperar que *la fuerza les acompañe*. Por eso mismo, quien persigue *lo divino* —quien aún se cree capaz de Dios— difícilmente puede *esperar* a Dios. Pues difícilmente se encuentra en la situación de quien permanece a la espera de una última palabra.

---

